

NOTAS SOBRE LA COMUNICACIÓN SOCIAL LATINOAMERICANA

Lidia Fagale

Antes de ingresar decididamente en la especificidad, vale reivindicar todo espacio de reflexión en torno a un tema de enorme trascendencia, como el de la comunicación. Dadas las diversas perspectivas con que históricamente ha venido siendo abordada esta cuestión, vale también reivindicar la posibilidad del debate. Entendiendo que reflexionar, debatir, trazar caminos contrarios a los del pensamiento único y al discurso hegemónico, es luchar, resistir y colaborar con la construcción de una nueva sociedad.

La irrupción en el ámbito académico de las Teorías y Prácticas de la Comunicación en América Latina a mediados del siglo XX, obliga a un recorrido signado por un largo proceso de dominación, a la vez que de resistencia y de lucha por la liberación de nuestros pueblos. Desde la conquista colonizadora hasta la globalización neoliberal, los distintos escenarios de crisis situados debidamente en su marco histórico, permiten analizar la comunicación como dominación y como resistencia. La genealogía de cada una de las tendencias, corrientes y tensiones teóricas que podemos repasar, ubica como característica común un origen interdisciplinario de los estudios de la comunicación en la sociedad. Pero, como señala Raúl Fuentes Navarro, la reflexión sobre las implicancias teóricas y prácticas parece haber estado en un segundo plano, al observarse que los teóricos académicos han desarrollado múltiples concepciones instrumentales de la comunicación que, aunque paradójicamente asociadas a la disciplinarización de los estudios (es decir, dedicadas a la construcción de modelos y ejercicios de sistemas de representaciones teórico-prácticas de la comunicación, principalmente para la formación de especialistas), son como una realidad aislable de los factores socioculturales en función de los cuales se instrumentaliza.¹ Habrá que admitir que las teorías inscritas en el terreno de la comunicación y la cultura posteriores a las denominadas “Críticas”, que fueran rectoras dentro del campo de las ciencias sociales —antes de que todos los “post” intentaran reconstruir nuevas tendencias para la comunicación—, merecen rearticularse con algunos “viejos” paradigmas que ciertos

La genealogía de cada una de las tendencias, corrientes y tensiones teóricas ubica como característica común un origen interdisciplinario de los estudios de la comunicación en la sociedad

teóricos desecharon o *aggiornaron*, ganados por el proceso de adaptación al pensamiento dominante. Según el sociólogo argentino Eduardo Grunner, “las ideologías massmediáticas de la transparencia y de la perfecta comunicabilidad —de un mundo sin secretos y donde por lo tanto toda interpretación y toda crítica sería superflua frente a la ubicuidad de lo inmediatamente visible— parecen volver obsoletas hasta las más apocalípticas previsiones de la Escuela de Frankfurt”².

Por fuera de la linealidad o la sumisión de ciertos análisis antidialécticos, hay quienes vienen sosteniendo que la crisis permite analizar no sólo las consecuencias del neoliberalismo en los países periféricos, sino las respuestas de la sociedad y de los intelectuales al colapso de la política y las instituciones. Y aunque ninguna de las fuerzas sociales que luchan en Latinoamérica por un mundo más justo haya alcanzado a convertirse en una propuesta sistémica, lo inocultable es que la sociedad latinoamericana ha adquirido un dinamismo orientado a encontrar caminos alternativos. Y ese recorrido es el que debemos hacer quienes estamos tanto en la producción teórica como práctica de la comunicación. Se trata de un ejercicio hacia adentro, pero como parte de un todo, donde no nos consideramos ni padres ni guías, más bien militantes de ideas que colaboren con uno de los principales desafíos de la época: poder incidir en los cambios culturales, políticos y organizativos de la sociedad contemporánea. Es decir, allanar ciertas discusiones que tienen lugar en la órbita académica, pero que a la luz de los cambios profundos que se han producido en el mundo corren el riesgo de quedarse al margen de la historia.

Nuestros aportes, como trabajadores, académicos y militantes que no hemos perdido el deseo de transformar la sociedad, deberían centrarse aún más en la enorme tarea de desconstruir el discurso hegemónico, que traduce la realidad de las comunicaciones tanto en su sentido

¹Raúl Fuentes Navarro, Revista *Trampas de la Comunicación y la Cultura*, mayo 2002. Nota *Comunicación, Cultura y Sociedad*.

²Eduardo Grunner, *El sitio de la Mirada*. Cita de la primera parte del libro, donde se problematiza la noción de representación en la cultura de masas. Ediciones Norma, 2002.

¿Es posible enfrentar un mundo unipolar, hegemónico en lo económico, en lo militar, que encuentra en el complejo entramado de las denominadas industrias culturales uno de sus principales motores?

material como subjetivo. Esto significa considerar en forma insoslayable la contundencia que en términos de organización, alcance e incidencia, han desarrollado las tecnologías de la información y las industrias culturales. Dicho de otro modo: debemos aportar más dinámicamente a la construcción de un discurso y práctica contra hegemónica, dada la modalidad histórica que ha adquirido el capital bajo la forma de la comunicación. Debiendo considerar los instrumentos propios de acumulación en ese mismo plano (de la comunicación), despojándolos de todo valor meramente instrumental. Asignándole el nuevo valor que han adquirido en lo económico e ideológico para la construcción de nuevas subjetividades. Sobre todo y, esencialmente, porque debemos generar una nueva capacidad reflexiva y propositiva en torno a la cuestión del poder y a los alcances del actual poder de dominación, usado en contra de la mayoría de la sociedad.

Mucho se ha dicho en torno a los efectos devastadores que provocó y sigue provocando en el mundo la respuesta militar, económica, política y cultural de Estados Unidos tras los atentados en su territorio. En tal sentido, coincidimos con el periodista Juan Carlos Camaño cuando afirma:

Suponer que luego del 11 de septiembre, cuando fueron impactadas las Torres Gemelas y un ala significativa del Pentágono, comienza a explicarse la unipolaridad y el terrorismo imperial, es tan precario en materia de análisis como haber ignorado cuan imperialista, dictatorial y agresiva ha resultado para la sociedad mundial el papel desempeñado históricamente por Estados Unidos, antes, durante y después de la denominada Guerra Fría. Hoy, luego de los atentados a las Torres y al Pentágono, se ha lanzado *en nombre de Dios* una cacería mundial de *inadaptados, subversivos y terroristas*, según lo entienda, en orden a sus necesidades geopolíticas, el centro del poder mundial³.

Ha ocurrido, pues, que “la máquina de matar” de los Estados Unidos se ha desatado aún más, convirtiéndose en un insaciable asesino serial montado en el poder de su industria bélica, en la arrogante penetración de su industria cultural y en la prepotencia e impunidad de sus grupos económicos, dueños de las decisiones gubernamentales y de los organismos financieros internacionales. Y esta realidad que, por cierto, aunque profundizada, no es nueva, nos reinstala viejos interrogantes: ¿Es posible enfrentar

³Juan Carlos Camaño, Secretario General Adjunto de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires, miembro directivo de la Federación Latinoamericana de Periodistas y Secretario de Relaciones Institucionales de la Central de Trabajadores Argentinos. La cita corresponde a un párrafo extraído del trabajo presentado ante el Encuentro de Periodistas Latinoamericanos y Caribeños en La Habana, Cuba, octubre del 2001.

un mundo unipolar, hegemónico en lo económico, en lo militar, que encuentra en el complejo entramado de las denominadas industrias culturales uno de sus principales motores? ¿Cuál es nuestro compromiso frente a tanta muerte, humillación, indignidad, miseria, hambre, desocupación, marginalidad? ¿Qué aportes deberíamos orientar, en tanto formadores y analistas en el ámbito de la cultura y la comunicación?

Esa dominación cultural norteamericana, en palabras de Fredric Jameson, “define las tareas fundamentales de todos los trabajadores de la cultura para el próximo decenio y puede constituir hoy, en el nuevo sistema mundo del capitalismo tardío, un buen vector para la reorganización de la noción del imperialismo cultural y hasta del imperialismo en general (...) Hollywood no es simplemente el nombre de una empresa que obtiene ganancias, es también —subraya Jameson— el nombre de una revolución cultural fundamental asociada al capitalismo de la tercera era.”⁴ Muchos científicos, investigadores y estudiosos de la comunicación señalan, después del largo silencio funcional que impuso el neoliberalismo, que “la capacidad de reconocer las marcas de un nuevo tiempo nos permite ser contemporáneos de nuestro presente y captar el movimiento real que articula las condiciones objetivas y la construcción de un nuevo sujeto histórico.”⁵ Y si coincidimos en que existe una constitución comunicacional del mundo y si ese mundo se nos presenta como una realidad pretendidamente inapelable desde el pensamiento e inmodificable desde la acción, la comunicación, por lo menos en los términos en los que pretende incursionar este trabajo, debe ser interpretada desde la marca de “este nuevo tiempo”, de “este mundo esencialmente comunicacional” en el marco de lo que algunos denominamos “el fracaso de socialización del capitalismo”.⁶ Por lo que estamos inexorablemente convocados a pensar la comunicación como un campo de batalla no sólo simbólica, sino también económica, política y social, en un contexto de viejas, renovadas y reforzadas relaciones de dominación, realidad ésta que se extiende, con imperceptibles diferencias, en cada uno de los países de Latinoamérica.

Pensar la teoría y la práctica de la comunicación desde esta perspectiva es el principal desafío para asumir cómo la comunicación sobrepasó la formalidad académica, cómo se le impusieron algunas fronteras, no apenas metodológicas sino más bien de carácter ideológico, en tanto indujeron un modo de pensar el mundo. Como señala el filósofo Néstor Kohan:

... a pesar de que en el discurso de las ciencias sociales y la filosofía de los últimos veinte años —el giro lingüístico—

⁴Fredric Jameson y Slavoj Žižek. Cita del libro *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Ediciones Paidós, 1ª Edición, 1998.

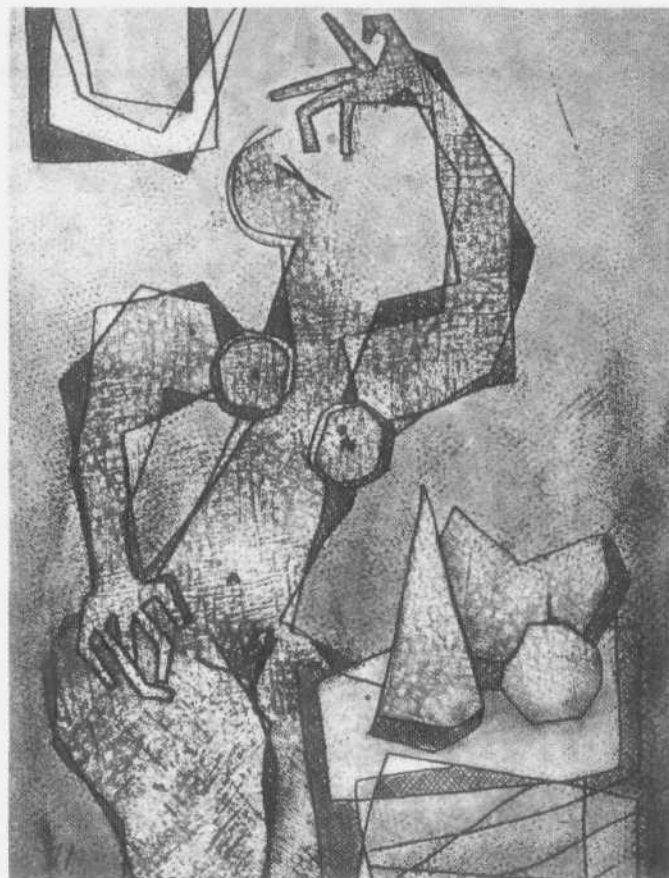
⁵Emir Sader, miembro del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, cita de la nota “Hegemonía y contra hegemonía para otro mundo posible”, *Rebelión.org*, julio de 2001.

⁶Juan Carlos Camaño, Daniel Terreno, Jorge Muracciolo, Claudia Quiñones, Lidia Fagale. Aportes teóricos: Marcelo Matellanes, José Seoane y Raúl Dellatorre. *El Fracaso del Capitalismo*, Ediciones Utpba, agosto de 1997. Ver nota de referencia.

han predominado los fragmentos, los quiebres, las fracturas y las diferencias, a partir de las transformaciones del capitalismo tardío de fin de siglo emerge una nueva cultura. Por sobre las supuestas diferencias y el respeto al otro vivimos en realidad una nivelación y una estandarización cultural sin precedentes, que acompaña el debilitamiento de los Estados —naciones más frágiles. Incluida la Argentina. En este nuevo escenario la cultura se ha convertido en un espacio privilegiado del conflicto político, de las contradicciones sociales, de la dominación y la resistencia y la lucha de clases. El Estado comienza a descentrarse y las nuevas formas de dominación ya no están apoyadas únicamente en él.⁷

Entonces, al pensar en torno a la teoría y la práctica de la comunicación en un sentido estratégico, resulta oportuno analizar el tema sin soslayar aquello que refiere al poder, la ideología y la hegemonía, como plataformas sustantivas para reconstruir una dialéctica liberadora entre el binomio teoría y práctica de la comunicación, superadora de toda concepción instrumental. Pierre Bourdieu sostenía que uno de los retos más importantes del pensamiento crítico consiste en revelar los mecanismos de censura invisible que se ejercen día a día para impedir que se construyan a tiempo los análisis de las estrategias colectivas. Los teóricos de la comunicación, los que analizan las prácticas comunicacionales en cualquiera de sus facetas, deben colaborar hoy más que nunca para que un gran número de personas puedan convertirse en una fuerza social con capacidad de enfrentar a la globalización neoliberal. Dado que hoy la lucha ideológica nos conduce a la cuestión de los medios de comunicación en el sentido más ancho del término o a lo que Adorno y Horkheimer denominaron la industria cultural. Una industria que, como señala Grunner, tiene la particular característica de producir directamente representaciones, cuyo consumo indiscriminado y “democrático” no se limita a satisfacer necesidades —reales o imaginarias— sino que conforma subjetividades, en el sentido que —puesto que por definición el vínculo del sujeto humano con su realidad está mediatizado por las representaciones simbólicas— el consumo de representaciones es un insumo para la fabricación de los sujetos que corresponden a esas representaciones. Bastaría este razonamiento breve para entender la enorme importancia política que tiene la industria cultural, ya que una de las operaciones más extremas y ambiciosas a que puede aspirar el poder es justamente la de fabricar sujetos (la otra por supuesto es la de eliminarlos).⁸

Hoy, el lugar desde el cual hay que pensar nuevas teorías para nuevas prácticas no puede disociarse del que ocupan todas las



Juan Sacristán, *La Piel Tiene Recuerdos y Memoria*, Grabado.

fuerzas que resisten al poder, que pretende acallar sus protestas a partir de una acción global de intimidación, persecución, ahogo financiero, aislamiento, censura o criminalización de la protesta social. Para la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires, consecuente en la resistencia desde la teoría y la práctica, “la mayoría de las protestas sociales que tuvieron lugar en la última década no merecen observarse en la dinámica mecanicista de la denuncia y el reclamo ante la emergencia ocupacional y el hambre, sino como genuinas acciones político-culturales y de organización, expresivas en su estética novedosa y alternativas en sus propias formas de comunicación.”⁹

Sin embargo, mientras inscribimos estas experiencias como uno de los aspectos sustanciales en la cotidiana batalla por reapropiarnos de nuestras palabras, de nuestras imágenes y sonidos, saqueados como la vida misma y resignificados por quienes hoy controlan mayoritariamente la comunicación en el mundo, no podemos dejar de señalar la necesidad de desarrollar con mayor precisión la idea de la comunicación propia. Comprendida y actuada, no como un instrumento, sino como una verdadera estrategia de organización para la acción conjunta en la construcción del poder propio para la emancipación. ☒

⁷Néstor Kohan, cita de la nota *Antonio Gramsci y la Filosofía de la Praxis*.

⁸Eduardo Grunner, *op.cit.*

⁹*Aportes a la Discusión y la Acción*. Documento presentado por la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires ante el II Congreso Nacional de la Central de Trabajadores Argentinos, realizado en Mar del Plata en 1998.

Lidia Fagale. Argentina, licenciada en periodismo y dirigente gremial. Es secretaria de Asuntos Profesionales de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires, responsable del Observatorio Político y Social de Medios de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires – UTPBA y miembro de la Federación Latinoamericana de Periodistas – FELAP.